

30—Instrucciones respecto a establecer instituciones y otros asuntos

ME HAN SIDO MOSTRADOS algunos asuntos que considero de gran trascendencia, y considero necesario presentárselos a los administradores de nuestros sanatorios y escuelas.

Nuestras instituciones no deberían estar ubicadas en las ciudades. Las influencias de la ciudad son de naturaleza desmoralizadora. Nuestras instituciones deberían ser establecidas en lugares donde los terrenos puedan ser adquiridos y embellecidos. Esto es especialmente aplicable a nuestras escuelas. Los alumnos deberían ser alejados de los ruidos y de las escenas del mal presentes en las ciudades. De ser posible, deberían adquirirse propiedades para establecer escuelas en las que ya haya edificios apropiados,

Manuscrito 30, 1903. o en las que haya sembrados en producción. Así se pueden cultivar frutas y verduras y hortalizas para poder servir en las mesas productos frescos de calidad. Hay que sembrar fresas y otras frutas pequeñas.

Nuestros sanatorios deberían estar ubicados en el campo y los terrenos alrededor de los edificios deberían ser hermoeados con árboles ornamentales que inviten a los pacientes a sentarse debajo de ellos. Es imposible exagerar la influencia positiva que todo eso ejerce.

A Dios no le agrada que aquellos que creen en la verdad presente se establezcan en las ciudades. El omnisapiente Dios influye sobre la mentalidad de la gente haciéndole ver las ventajas de abandonar los congestionados centros urbanos para establecerse en el campo.

Me han presentado muchas propiedades que cuentan con edificios y en las que se han hecho mejoras en los terrenos. Aunque no sean en todos los aspectos lo que deseáramos; debería, sin embargo, considerarse la posibilidad de adquirirlas. Puede que algunas tengan un precio tan bajo que deberíamos aprovechar la oportunidad para asegurarnos su adquisición.

En otros casos quizá sea necesario adquirir algún lugar donde no haya edificios o mejoras. Pero debemos cuidarnos de no adquirir propiedades que aparentan ser baratas, pero donde la construcción de edificios y las mejoras necesarias costarían dos o tres veces más de lo presupuestado. De ese modo, debido a la ignorancia y a los cálculos errados se contraería una gran deuda.

Lo que procuramos es que avance la causa de la verdad presente, y siempre que sea posible será mejor adquirir propiedades que podamos acondicionar sin

demoras para nuestras labores; propiedades en las que haya edificios ya erigidos, en lugar de comprar terrenos baldíos.

A menudo, los recursos dedicados a cubrir los gastos de viajes de los hombres que están en busca de propiedades deberían ahorrarse, e invertirse en la compra de alguna. Algunos se dejan llevar demasiado lejos por sus propias ideas y deseos respecto a determinado predio.

En Los Ángeles se necesitan hombres capaces que cuidadosamente evalúen el costo y utilicen el buen juicio en sus cálculos. Allí la falta de hombres experimentados ha representado una gran desventaja. La obra no debería ser administrada por una sola cabeza ni por las ideas de un solo hombre. Dios mismo ha dicho cómo debería ser establecida su obra, y todos esos impedimentos no deberían haber surgido.

Sería un error edificar, o comprar grandes edificios en las ciudades del sur de California. Los que parece que encuentran en eso grandes ventajas, no saben lo que están diciendo.

Hay una gran obra que realizar al comunicar el mensaje del evangelio para este momento en las grandes ciudades; sin embargo, edificar grandes edificios para una obra con visos de espectacularidad, ha sido un gran error. El Señor espera que los hombres caminen en humildad con él. El mensaje de advertencia debería ser proclamado en las grandes y corruptas ciudades como San Francisco. Deberían celebrarse reuniones en carpas bien acondicionadas. San Francisco y Oakland se están convirtiendo en algo parecido a Sodoma y Gomorra, y el Señor las castigará. Antes de poco, ellas sufrirán sus juicios.

El establecimiento de restaurantes

Dios desea que se establezcan restaurantes en las ciudades. Si son administrados adecuadamente llegarán a ser centros misioneros. En los restaurantes se deberían tener a mano publicaciones para presentarlas a los que visitan el establecimiento.

A menudo surge la pregunta: «¿Deberían esos restaurantes mantenerse abiertos los sábados?». La respuesta es: «¡No, no!» El sábado es nuestra marca y señal y no debería ser opacado. Hace poco he recibido una luz especial respecto a este tema. Se ejercerán presiones para mantener los restaurantes abiertos los sábados, pero eso no debería permitirse.

Pude ver que algunos que visitan los restaurantes no poseen suficiente dominio propio, y los sábados se irán a otros restaurantes para engullir carnes en abundancia y otros muchos productos que son perjudiciales para el organismo.

Hace poco se me presentó una escena. Yo estaba en nuestro restaurante en San Francisco. Era viernes y los trabajadores estaban ocupados preparando paquetes de comida para ser llevada a casa. Un buen número de personas hacían cola para recibir aquellos paquetes. Yo pregunté qué significaba aquello y los empleados me dijeron: «Algunos de nuestros clientes están molestos por no poder comer aquí los sábados. Nos dijeron que su salud sufriría si no podían comer aquí; pues habían comprobado los beneficios de una alimentación saludable que conseguían aquí entre semana, y protestaban enérgicamente por la imposibilidad de obtenerlas los sábados. Los resultados usted los puede ver. Para aquellos que lo deseaban, los viernes preparamos un sencillo almuerzo, suficiente para el sábado, y ellos se lo llevan».

¿Debería continuar el trabajo durante el sábado, al igual que los demás días de la semana? ¿Cuándo entonces tendrían los empleados tiempo para la renovación espiritual y el descanso físico? Todo esto tiene que ser considerado a la luz de los mandamientos de Dios. El Señor ha dicho: «En verdad vosotros guardaréis mis sábados, porque es una señal entre mí y vosotros por vuestras generaciones, para que sepáis que yo soy Jehová que os santifico». «Así que guardaréis el sábado, porque santo es para vosotros; el que lo profane, de cierto morirá. Cualquiera persona que haga alguna obra en él, será eliminada de su pueblo. Seis días se trabajará, pero el día séptimo es día de descanso consagrado a Jehová. Cualquiera que trabaje en sábado, ciertamente morirá». Guardarán, pues, el sábado los hijos de Israel, celebrándolo a lo largo de sus generaciones como un pacto perpetuo. Para siempre será una señal entre mí y los hijos de Israel, porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, y en el séptimo día cesó y descansó» [Éxo. 31: 14-17].

Debemos aferrarnos a un sencillo: «Así dice Jehová», aunque esto le cause una gran incomodidad a algunos que no tienen respeto por el sábado. Por un lado están las supuestas necesidades de los seres humanos y su oposición; por otro, el mandamiento de Dios. ¿Qué idea será la que predominará en nosotros? Nuestros restaurantes no deben ser abiertos los sábados para todos los que acudan, ni siquiera para unos pocos. Todos los empleados han de tener la seguridad de que disfrutarán del sábado como un día en el cual honrar y servir a Dios. Las puertas cerradas de nuestros restaurantes durante el sábado deben constituir una señal, para que todos sepan que el séptimo día es el sábado del Señor y que en el mismo no se hará ningún trabajo innecesario.

El Señor ha ordenado que los viernes se hornee y se cocine. La comida para el sábado debe prepararse el día antes.

El sábado Dios descansó gozoso de la obra de la creación. Él bendijo el día de su descanso e hizo que fuera obligatorio para el hombre observar el sábado. Ese mandato de Dios debería ser observado de manera sagrada.

No todos los que afirman ser seguidores de Cristo son ejemplares observadores del sábado; pero, ¡que Dios nos ayude a reformarnos! Todos deberían leer los

mandamientos de Dios, afirmando sus pies con determinación en la plataforma de la obediencia.